

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre....	27
En provincias.	Semestre... 52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Leyendas moriscas: La voz de un embajador.—A Delia (poesía).—Al amanecer.—Salve (poesía).—Amor maldito: tradición goda.—Flor deshojada (poesía).—Revista de teatros: álbum de LA VIOLETA.—Pobre niña! balada.—Revista de modas.—Esplificación del figurin.—Esplificación del pliego de dibujos.

LEYENDAS MORISCAS.

LA VOZ DE UN EMBAJADOR.

Si la política de los países, las contrarias opiniones y la marcha de los sucesos se debieran siempre á hombres sensatos, de recto juicio, de sana razón y de principios humanitarios, se caminaría al progreso por una senda de flores en lugar de un camino sembrado de espinas y regado de sangre.

No hay revoluciones sin Dantones ni Marats, ni turbas de vencedores sin temibles y sangrientos sicarios.

El populacho es el primero que se arma en las re-

voluciones, porque en el mal y en el bien se escude á las otras clases.

Todo corazón es tan terrible en sus odios como en sus amores.

Tan pronto le vemos tranquilo cual las aguas del lago, como furioso é iracundo como las olas del mar.

Gusta de todo aquello que sale de los límites naturales.

Ondeada una bandera ante él, y le vereis temblar en seguida un pañuelo, sin saber á quién vitorea.

Elevad vuestra voz, y gritará con vosotros.

Habladle de libertad, y romperá sus pulmones clamando por ella, aunque después del alboroto se quede tan esclavo como antes.

Pasará la vida arrastrando cadenas sin quejarse; pero el día que una voz vigorosa le aliente, sacudirá las canas que crecieron en la esclavitud, y le vereis blandir su puñal clamando independencia.

El pueblo es temible como la tempestad.

Su ruido estremece como los truenos de los trópicos.

Una vez armado, no encuentra valla ni obstáculo á su furor.

No le deis á oler pólvora, porque será capaz de convertirse en ella para cargar sus armas.

No le deis á oler sangre, porque necesitará ríos ú océanos.

No despertéis su ira, porque las aguas del Nilo no bastarian á apagarla.

Hay en él un organismo virgen que se desborda con facilidad.

Su espíritu está impregnado de un sentimiento que responde á la primera voz que le impresiona y le seduce.

El alma del vulgo se encuentra apenas se invoca.

La del hombre civilizado tiene mas vueltas que recorrer que un complicado laberinto.

Por eso en las asonadas buscan los revolucionarios estos seres infelices como instrumentos de sus ideas, como máquinas de sus deseos.

Para formar una revolucion basta un hombre de cabeza; pero para llevarla á cabo se necesitan muchos de duros brazos y ninguna inteligencia.

Un solo Mirabeau bastó para formar una república; pero nada hubiera hecho sin las turbas de fari-seos que degollaban en las calles, el Temple y la Abadía los hombres como corderos, haciendo regenerar las clases y condiciones, estirpando casi una generacion entera.

¡Duro destino, que no permite una década de triunfo sin mártires!... ¡una gloria sin dolor! ¡un vencimiento sin lágrimas!.....

¡Cuántos mas laureles merece un tratado de paz que una conquista de sangre!.....

El hombre que cambiase la faz de una nacion sin dejar una viuda ni un huérfano, seria el héroe verdadero del mundo.

Un reinado próspero y feliz en que los cañones se enmoheciesen encerrados en los parques, y el guerrero solo desenvainase la espada para ofrecerla á los pies de su Rey en señal de respeto y cariño, seria el reinado mas dichoso del mundo.

¡Tristes celebridades las que se forman con el llanto de las esposas y los gemidos de las desoladas madres!

¡Terribles vencimientos los que destrazan murallas é incendian ciudades!

Verdades que por desgracia no reconoce el mundo,

aplaudiendo mas al guerreador que al conquistador de talento, que vence con la inteligencia, domina con la astucia y triunfa con el amor.

—¡Abu-Abdalá!... ¡Abu-Abdalá Jusef!... ¡Deja tu cetro y tu corona!... ¡Abdica ó muere!...

Tales eran los gritos que la canalla, conquistada por el mal hijo Mohamad, daba á las puertas del palacio árabe de la Alhambra un dia en que el pueblo, satisfecho de paz, queria guerra; pues, como hemos dicho en el anterior preámbulo, que sirve de introduccion á esta reseña morisca, para el pueblo el mejor Rey no es el mas pacífico.

Parece que necesita sangre con que imprimir la historia de los reinados, y que un monarca que no ha tenido conquistas ó invasiones ha de dejar una hoja en blanco entre tantas otras vestidas de luto, ó de girones de banderas vencidas ó vencedoras.

Abu-Abdalá asomó la cabeza á sus ajimeces y se estremeció, no por cobardía, sino porque su espíritu pacífico amaba la tranquilidad de sus Estados, como la madre la cuna donde descansa su hijo.

Á los nacientes rayos del sol, que se estendia her-moseando la vega granadina, vió el Rey desde su palacio blandir relucientes armas y correr en varias direcciones, armado y furioso, el pueblo que venia á destronarle.

Á las mismas puertas del alcázar se iban agrupando furiosos moros, que miraban á los ajimeces con aire amenazador y querian con sus picas hasta quebrantar los muros, que aun hoy se conservan fuertes para revelar á los poetas y á los historiadores los muchos sucesos que allí acontecieron.

Los traidores partidarios de Mohamad daban gritos salvajes, que hacian estremecer á las pobres mujeres encerradas en aquel delicioso recinto y reque-rir las armas á los que las custodiaban.

El desdichado monarca veia los furiosos grupos con el terror que ve el caminante una partida de foragidos que vienen á acometerle.

Y no temblaba por él, porque era valiente y fuerte; pero era padre, y amaba á sus hijos.

Se estremecia porque aquella turba desbordada y sedienta, cansada de paz y anhelando reyertas y crímenes, caeria sobre su hijo Jusef como bandada de gajos sobre inocente paloma.

Estrechado tenia entre sus brazos al hijo de su corazon, cuando este, desprendiéndose de ellos, cogió una espada y quiso salir á desafiar á aquellos villanos, entre los cuales no veia ningun noble morisco de los que mas de una vez le aclamaran por las calles como digno sucesor del amado Abu-Abdalá; pero este le detuvo, diciendo:

—¡Hijo mio! ¿Con quién vas á medir tus armas? ¿Á quién vas á retar en semejante contienda? Guarda tu arrojo y tu sangre para nobles africanos ó cristianos valientes y generosos que salgan en buena lid á retarnos y peleen con bizarría y sean hidalgos viniendo ó vencidos.

El pueblo que hoy grita á las puertas del palacio son grupos de sediciosos sin orden y sin justicia.

Retírate, pues, á tu estancia, hijo mio, que si tu padre necesita medir sus armas con ellos, tú vendrás á mi derecha y ambos peharemos juntos.

El jóven insistió; pero su padre pudo convencerle y alejarle de su lado; porque necesitaba llorar, llorar como una mujer, sin que le mirase nadie.

El tumulto crecia; las oleadas del pueblo eran cada vez mas furiosas, y temiendo Abu-Abdalá que invadiesen el alcázar y peligrosasen sus hijos, iba á tomar una de esas grandes determinaciones que matan moralmente á un Rey, por mas que le justifiquen despues los escritores de corazon que conocen las flaquezas y miserias de la vida, y saben que la debilidad suele ser patrimonio de las almas sensibles, y que las terribles caidas se deben á los mas recónditos sentimientos.

Abu-Abdalá estaba decidido á entregar el poder y la grandeza á su pérfido hijo Mohamad, cuando vió entrar en la estancia un arrogante africano, de mirada de fuego y apuesto continente, tenido por sabio entre los sabios y por prudente entre los prudentes.

Á la vista de este personaje, el abatido Rey respiró, viendo en él el emisario que enviaria al pueblo para decirle que el monarca estaba pronto á abdicar siempre que se respetase su alcázar y las personas de sus hijos y las mujeres del Harem.

El africano oyó las razones del Rey brotando indignacion por los ojos, y fue necesaria toda su grandeza de alma para dejarle concluir; pues sentia una impaciencia y una ira comprimida, que á no estar de-

lante del Rey, y de un Rey á quien amaba por sus virtudes, estallara como el huracan y partiera como el rayo á caer sobre las turbas.

Este tan hidalgo moro era el embajador de Fez, á quien el pueblo tenia en mucho por sus grandes hazañas y talento.

Cuando se convenció de que el Rey habia perdido la fuerza moral y que el pueblo invadiria el palacio en breve y arrancaria de su cabeza la mal guardada corona, bajó á las caballerizas y ordenó que con prontitud le enjaezasen un caballo, y montándolo en seguida con arrogancia, salió como en dia de gala, luciendo la rica manta de aquel hermoso animal, bordada de seda y oro sobre rico cachemir.

Levantó con audacia el turbante, y colocando con gracia su blanca capa en derredor de su cuerpo, partió de la casa real, mezclándose entre la multitud, que al verle pasar se inclinaba con respeto.

De todos los barrios de la ciudad habian bajado moriscos á la plaza, y diseminados acá y allá, formaban planes seguros para aclamar á Mohamad y destronar á su padre.

—Si no quiere, se decian, la fuerza hará lo que su voluntad resista.

—¡Abajo el Rey cobarde!

—¡Muera el amigo de los cristianos!

—¡Arrojemos de nuestros dominios á un Rey que no sabe pelear!

—¡Castíguese sin piedad al que ha dejado escapar los prisioneros cristianos!

—¡Muera el que ofende á Mahoma!

—¡El que así vende su reino!

—¡El que recibe regalos de D. Enrique!

—¡El que sostiene pactos con los amantes de la cruz!

Y blandiendo las armas, partieron estas turbas hácia el Zacatin, para buscar la cuesta de Gomeres y llegar en tropel hasta el palacio del Rey: pero cual si hubiese caído de pronto sobre ellos la mano de Dios, se detuvieron de improviso á la vista del embajador de Fez, que con grave continente se dirigia hácia ellos, sin mas armas que su valor, ni mas escudo que su mirada severa y terrible.

Hay en ciertos hombres un dominio sobre los demás, que se siente pero no se explica.

Que existe en la mirada, en la inteligencia, ó en un don singular que Dios reparte, como el de la poesía, la música ó la pintura.

El don de atraer, subyugar, esclavizar á veces, sin requerir para ello esas mortíferas armas que saben derramar sangre, pero no detener una voluntad.

El gran embajador se detuvo ante los grupos con la dignidad de un Rey, y estos inclinaron la cabeza, y sin señal de silencio lo guardaron de tal modo, como los fieles cristianos cuando celebran la misa.

Su acento se elevó entonces claro y sonoro cual la trompeta del juicio final, diciendo á los conjurados:

—¿Quereis guerra? ¿Quereis sangre? ¿Os halagan las batallas? ¿Os satisfacen las contiendas? Pues bien, cobardes, ¿á qué aguardais?...!

Allá abajo, en la llanura, os aguardan los cristianos.

¡Si sois valientes como demuestran esas armas que empuñais, id y traed sus banderas, sus cruces y sus pendones!

¿A dónde marchais así? ¿A destronar á vuestro Rey?

El entre tanto se arma para defenderos y traer la gloria á vuestras razas estinguidas, á vuestro nombre manchado por las contiendas civiles.

Sepa el mundo cuáles son esos hijos del Desierto que tienen sangre africana en las venas.

¡Malditos los regicidas!

¡Alá destruya sus razas!

¡Inclinen la cabeza los traidores, y siganme los buenos, y prepárense á la batalla!

Abu-Abdalá necesita valientes caballeros: responde con sus hechos el que lo sea.

¡Huyan esos fraticidas que quieren profanar las casas de sus hermanos!

¡Los que han querido derramar sangre mora, habiendo tantos cristianos ansiosos de ir á beberla!...

Escóndanse entre las grutas de nuestros bosques y sierras todos los moros perversos que mueven la rebelion.

Levanten sus frentes puras los que abandonen sus filas.

¡Oh valientes Aben-Hudes! ¡Oh fieros hijos de Omiades! ¡Oh raza de Almoravides! ¡Venid aquí cual leones!

¡Sus! ¡Al arma! ¡A la guerra! ¡Vames!

¡Alá proteja las huestes!

¡El Dios grande las bendiga!

¡Viva, viva Abu-Abdalá!

¡Esterminio á los cristianos!

¡Gloria á las huestes moriscas!

¡Que perezcan los traidores!

¡Que mueran los ambiciosos!

¡Que viva el Rey de Granada!

—¡Viva, viva Abu-Abdalá! contestaron los rebeldes.

La mas viva satisfaccion brilló en el semblante del embajador de Fez al ver trocado en alegría el furor de un pueblo entero.

—¡Miserables! dijo entre sí. ¡Con qué poco se os alarma y se os desarma despues!...

¡Sois unas máquinas imbéciles, que marchais impulsadas por el resorte que os guia!

Teneis corazon, y sereis mucho el dia en que sepan meditar vuestras cabezas.

Pero mas vale que seais así, pues cabeza y corazon no es fácil que vayan juntos.

Y aguijoneando su caballo subió con arrogancia hacia el real palacio, seguido del pueblo, que vitoreaba sin cesar al que momentos antes deseaba destronar de grado ó por fuerza.

Abu-Abdalá desde su ajimez vió venir al embajador triunfante, y oyó los gritos de los conjurados; pero... ¡qué distintos sonaron en su oido entonces!

Á las pocas horas todo era alegría, placer y bullicio en la poblacion.

¡Misera condicion humana! ¿Hasta cuándo durarás!

ROGELIA LEON.

Á DELIA.

Como estamos en mayo,

hermosa Delia,

y nos brinda con flores

la primavera,

Yo hice ese ramo,

y te lo mando en prueba

de que te amo.

Va una purpúrea rosa

de Alejandria,
que al matiz la comparo
de tus mejillas,

Y un clavel rojo,
que el carmin de tus labios
le causa enojo.

Te mando una azucena
tan fresca y blanca,
como el sedoso cutis
de tu garganta.

Y va un jazmin,
nevado cual tu frente
de serafin.

Llevas entre las flores
una violeta,
que es tu vivo retrato,
querida Delia:

Cual tú modesta,
humilde, candorosa,
pura y discreta.

Va un tulipan erguido,
bello, arrogante,
aunque no tan esbelto
como tu talle;

Pues es locura
buscar talle mas flébil
que tu cintura.

Entre lirios y acacias
un nardo he puesto,
perfumado y suave
como tu aliento.

Y una camelia,
apuesta y seductora
como tú, Delia.

Con una cinta verde
até mi ramo,
y llena de esperanza
te lo regalo.

Y quiera el cielo
que tan dichosa seas
como yo anhele.

ANA MARÍA FRANCO.

AL AMANECER.

Hay impresiones tan dulces, que no pueden expresarse con exactitud, porque la palabra es impotente para revelar los grandes sentimientos, y el corazón mas apagado y mas escéptico no puede resistir la misteriosa influencia que ejerce el cuadro de la naturaleza al despuntar el alba. Las ciudades populosas no parece que duermen, porque para ellas la noche es día, y, sin embargo, las primeras horas de la mañana son horas de recogimiento, horas de poesía y encanto. Despues de la agitacion que sucede á un día bullicioso, de *soirées*, teatros y de otras reuniones del gran mundo, viene el alba como un iris de paz que anuncia un porvenir mas tranquilo y bonancible, y los espíritus mas ardientes y sobresaltados se sienten sobrecogidos de un entusiasmo deleitable al sentir los primeros rayos del sol. ¡Quién desconoce las nobles ideas y los castos pensamientos que despierta el nuevo día en el alma mas tibia é indifferente!

Los que hayan vivido en esos grandes centros de poblacion donde se alberga el vicio y donde se guardan las pasiones, podrán apreciar muy bien el saludable efecto que produce en los ánimos mas téticos la luz de la mañana despues de una noche de orgia y de disipacion. Obsérvese á la salida de esos grandes bailes donde se han consumido tantas horas inútilmente, el contraste que forma la sociedad elegante con la sociedad modesta, con esa sociedad que despues de una noche tranquila, quieta y sosegada se dirige al templo para levantar su corazón al cielo y recordar la pobreza del hombre en la tierra; y si de esas grandes poblaciones nos dirigimos á los campos, y observamos el magnífico panorama que presenta la naturaleza y la multitud de objetos que obrarán sobre nuestra alma derramando suave bálsamo sobre nuestro corazón, comprendemos que el amanecer es una situación mágica, sublime y encantadora, que abre nuevos y estensos horizontes para que nuestra fantasía pueda volar á su antojo.

Por la mañana, cuando el negro manto de la noche se descorre para mostrarnos las bellezas de la

creacion, se percibe en lontananza una música sublime, una música que en vano pretenderán imitar los hombres; es el canto del ruiseñor que siente el día, y que lo anuncia elocuentemente; es la armonía que las aves todas producen con sus magnéticas vibraciones, y entonces el labrador abandona su pobre lecho, y rebotando la paz del alma, que es el gran bien de la vida, oye el sonido de la campana que anuncia el alba, y corre presuroso al templo para derramar sus sentimientos religiosos en el seno de aquella madre cariñosa que le ha recibido en su seno al venir al mundo, y que le ha de cerrar los ojos al despedirle de la vida: tal es la Iglesia católica. Y si esos altos campanarios que se alzan cual gigantes, ya en el fondo de un frondoso valle, ya en la cima de una escabrosa montaña, no hablan al espíritu apático y crudo de los hombres empedernidos á la hora en que el nuevo día se anuncia tímidamente, destacando la aurora con su opaca luz los montes, rios y prados, no es fácil que haya voces que puedan hablar con fervor á aquellos pechos de diamante.

Pero no, no es tan insensible el corazón humano que se resista á los halagos de una situación tan dulce y tan inefable, como es la que ofrece la naturaleza cuando las primeras tintas del astro luminoso empiezan á colorear los campos, y así es que se observa que los hombres mas encenagados en el vicio sienten los ecos del remordimiento cuando despues de una noche turbulenta respiran las apacibles auras de una mañana primaveral.

Asciéndase lentamente á una montaña, dirijase la vista por estensos horizontes, fijese la mirada en las inmensas rocas, en las cascadas, en los caseríos y en las maravillosas obras de la naturaleza y del arte que pueden contemplarse, y las hermosas emociones que arrobarán el alma del que sea testigo de semejante escena en los primeros momentos en que el sol ilumina á la tierra, comprenderá que el espíritu mas dormido se despierta y nace á la vida del sentimiento, *Al Amanecer.*

FRANCISCO SOBRINO DE ICARD.

SALVE.

Madre del amor divino,
Norte seguro que guia
Al errante peregrino,
¡Que Dios te salve, María!
Luz cuya llama esplendente
Derramas con eficacia,
Salva á esta niña inocente
Tú que eres llena de Gracia.
No me desampares ya;
Quiero estar bajo tu abrigo;
¡Quién tal dicha no querrá
Cuando el Señor es contigo?
Infúndeme ese cariño
Con que te aman tantos seres,
Pues desde el viejo hasta el niño,
Dicen: "Bendita tu eres."
Señora, reina del cielo,
Solo nuestra dicha quieres;
Yo te llamo mi consuelo
Entre todas las mujeres.
Y con acento contrito
Allá do tu faz encuentre,
Esclamaré, sí, bendito
Es el fruto de tu vientre.
El hombre te busca ansioso,
María, Madre de Dios,
Y te pide fervoroso
Ruego, sí, ruega por nos.
Y pues el mundo te adora
Y te aclama de tal suerte,
Acordaos de mí ahora
Y en la hora de mi muerte.

EUGENIA GARCÍA.

AMOR MALDITO

TRADICION GODA,

escrita por

JULIAN CASTELLANOS.

1.º

De hermanos á rivales.

I.

Corria el año de 709.

El tirano Rey Witiza, arrojado del egregio trono

de los godos por la voluntad de los pueblos, cansados ya de sufrir su despótico yugo, espiraba, privado de la vista, en un inmundo calabozo de Córdoba.

D. Rodrigo, hijo del noble conde Teodofredo, elevado á la suprema autoridad, empuñaba entonces las riendas del gobierno en medio del entusiasmo público, que miraba en él un salvador de la patria y un soberano llamado á devolver su antiguo esplendor á la desgraciada monarquía goda.

Las prendas que adornaban á Rodrigo le habían proporcionado multitud de parciales que, con su influjo y su brazo, contribuyeron á ceñir á sus sienes la regia diadema.

Entre estos sobresalían por su riqueza y su valor los dos duques, Vermulfo y Alarico, cuyas familias habían sido víctimas de la venganza de Witiza, por el solo crimen de protestar contra los abusos y las arbitrariedades del impuro monarca.

Estos dos duques se amaban con un cariño de hermanos.

Juntos habían sido educados, juntos habían crecido, y juntos por fin habían arrostrado la muerte en los combates.

El cariño que se profesaban era tan inmenso, que ni el mas pequeño sentimiento se alzaba en el corazón del uno que no fuese inmediatamente consultado y confiado al otro.

Así pasaban los años, afirmando mas y mas aquella amistad, que había en lo futuro de producir frutos muy amargos.

Un día la fatalidad hizo que, yendo juntos los dos amigos, viesan á Teodosia, doncella de peregrina hermosura, hija del noble *comestabuli* (condestable) Teodomiro, y que, deslumbrados por sus encantos, se enamoraran perdidamente de ella.

Desde aquel momento desapareció entre los dos la confianza íntima que mediaba, pues ninguno puso en conocimiento del otro lo que había sentido en su pecho al mirar á la hermosa jóven.

Los dos guardaron un profundo silencio, y siguieron alentando en su alma la llama de aquel amor naciente.

En el mismo día los dos, resueltos á calmar sus afanes, se dirigieron, Alarico á Teodosia por medio

de una sentida carta, y Vermulfo á su padre, pretendiendo la mano de la jóven.

Los dos alcanzaron el mismo éxito.

La jóven accedió al amor de Alarico, y su padre prometió la mano á Vermulfo, muy contento de que tan cumplido caballero obsequiara á su hija.

La situación se iba complicando por momentos.

Alarico poseía el cariño, el corazón de la jóven.

Vermulfo el consentimiento del padre.

Los dos eran altivos, los dos estaban perdidamente enamorados, de manera que había de llegar un momento en que aquellos hombres, que se habían profesado siempre un amor de hermanos, se encontrasen frente á frente convertidos en odiosos rivales.

El amor de aquella mujer era la manzana de la discordia que venia á cortar el sagrado y amistoso lazo que los unía.

Teodomiro anunció por fin á su hija su voluntad de unirla con Vermulfo, enumerándola las ventajas de aquel enlace; pero la jóven, que amaba á Alarico con toda su alma, rechazó de una manera enérgica la proposición de su padre.

Este se irritó, ella insistió en su negativa, y aquello dió lugar á que la sospecha penetrase en el corazón de Teodomiro, que puso casi en completa reclusión á la altiva doncella.

Pero sabido es que para el amor nada hay imposible, y que esta pasión se acrisola y se afirma mas con los contratiempos y con las oposiciones.

Muchos casos prácticos hemos conocido donde el empeño de reprimir un simple galanteo ha formado de él una pasión imposible de apagar.

El amor, á semejanza de un río, se desliza tranquilo mientras ningún obstáculo detiene su marcha; pero se desborda en el momento que un dique se opone á su paso.

Teodosia amaba con pasión á Alarico; pero en el momento que su padre trató de hacerla olvidar aquel amor, desde el instante que pretendió reprimirle, aquella pasión se trasformó en un delirio, en un frenesí, que solo podía extinguirse con la vida.

II.

El tiempo corría. Teodomiro prometió á Vermulfo que antes de que

espirase el año se uniría con Teodosia ante el ara, y el joven contaba impaciente los días, que para un enamorado corazón se deslizan perezosos, siendo cada uno de ellos un siglo de agonía.

Mientras esperaba Vermulfo, y el padre de Teodosia procuraba por cuantos medios le eran posibles vencer el empeño de su hija, los amores de esta y de Alarico habían tomado un giro en extremo peligroso.

Todas las noches un hombre cuidadosamente cubierto se deslizaba pegado al muro del jardín de la casa de Teodomiro, y repasando el angosto postigo subía al aposento de su hija.

Aquel hombre era Alarico.

La persona que le esperaba franqueándole la puerta, Teodosia.

Los dos jóvenes, al ver el empeño del padre en hacerla unirse á Vermulfo, juraron ser el uno del otro, y desde aquel momento se creían unidos para siempre á los ojos de Dios.

Las visitas nocturnas de Alarico tuvieron por fin su resultado.

Teodosia fue madre.

El encierro á que estaba condenada contribuyó á poder ocultar su situación.

Una noche, Alarico repasó la puerta del jardín llevando en sus brazos un hijo, fruto de aquellos amores.

Pero á pesar de la cautela y de la fidelidad de dos de las doncellas de Teodosia, únicas que se hallaban enteradas del asunto, el caso llegó á comprenderse por uno de los sirvientes de la casa, á quien tenía comprado Vermulfo, y aquel criado se apresuró á poner en su noticia lo ocurrido.

El duque escuchó aquella revelación, y disimulando la ira que rugía en su pecho, esperó á que la noche tendiese en el cielo su manto de niebla; entonces, oculto en las sombras, se puso á espiar la casa de Teodosia.

El toque de la queda acababa de extinguirse cuando vió á un embozado penetrar en la calleja á donde daba el postigo del jardín, por el que se perdió antes de que le fuera posible detenerle.

Entonces no tuvo ya duda alguna de que era cierto lo que el sirviente le había dicho.

Los celos, la cólera y la ira se alzaron en su cora-

zon de una manera terrible, escitándole á la venganza —¡Oh! sí,—decía en su interior el celoso é iracundo duque:—yo mataré esta noche á ese rival maldito que me arrebató mis hermosas ilusiones, y me gozará en verte espirar, criminal Teodosia, en el suplicio de las adúlteras.

¡Oh! ¡Mi venganza será tan terrible como mi dolor, yo lo aseguro!

Y el duque desnudó su acero y se ocultó en la sombra cuidadosamente, esperando al embozado que penetró por el postigo.

Dos horas eran trascurridas, cuando el postigo giró, y el que penetrara por él, que no era otro que Alarico, apareció en el umbral cuidadosamente cubierto, y mostrando en su diestra la hoja de su espada.

El noble joven había reconocido á su antiguo amigo en el hombre que trató de detenerle, y conociendo su valor y tenacidad, salía prevenido, seguro de que le esperaba.

El momento de verse los dos amigos frente á frente había llegado.

Vermulfo, ciego de cólera, se arrojó sobre Alarico, dispuesto á darle muerte; pero este, sereno y valiente, rechazó con brío sus acometidas, parando los golpes y devolviendo estocada por estocada.

Los dos eran diestros, y la lucha seguía sin que ninguno perdiese un palmo de terreno.

Alarico permanecía casi pegado á la puerta del jardín, sitio donde había sido acometido, sin retroceder una línea, pero sin avanzarla tampoco.

Un mismo maestro había enseñado el manejo de las armas á los dos jóvenes, y uno y otro se conocían demasiado bien las tretas, de manera que les era imposible herirse.

Pero á Vermulfo le cegaba la ira, y Alarico se encontraba sereno; de modo que la ventaja empezó á estar por su parte.

Su contrario empezó á retroceder, y al ir á evitar una estocada baja, resbaló, viniendo al suelo sin poder contenerse.

Alarico se arrojó sobre él con la agilidad del tigre, y arrancándole la espada y la daga, huyó de la calleja tan precipitadamente, que Vermulfo no pudo de manera alguna seguirle.

Así terminó el primer encuentro de los que desde su niñez se amaron como hermanos.

De seguro que si el incidente que ocasionó el vencimiento de Vermulfo hubiera causado el de Alarico, un cadáver hubiera aparecido al día siguiente en la calleja.

2.º

El juicio de Dios.

I.

Huyó, como llevamos dicho, el generoso amante de Teodosia, contentándose solamente con desarmar á su amigo, dejando á este corrido y humillado; pero su acción noble y generosa no dió los frutos que el joven se proponía.

—Vermulfo es tenaz, pero es agradecido; y cuando vea que yo le he perdonado la vida, desistirá de su propósito; le conozco bien, y no tengo duda de que obrará noblemente conmigo.

Así reflexionaba el duque Alarico, después de haber penetrado en su alojamiento.

(Se concluirá.)

FLOR DESHOJADA.

Reina del jardín se alzaba

Del aura al soplo mecida

Una azucena florida

Que el ámbito embalsamaba.

Hermosa cual la sonrisa

Del ángel bello de amor,

Lloraba la pobre flor

Si la besaba la brisa.

Puesta en el pudor su gloria,

Iba su virtud guardando

Y el perfume conservando

De su vida transitoria.

Tanto su rubor refleja,

Que entre mortales congojas

Cerraba sus blancas hojas

Al acercarse la abeja.

Mas ¡ay! al albor de un día

Fresco y puro como ella,

La flor en triste querella

Lloraba y no se mecía.

Lloraba, porque cruel

Una niña suspirando

Sus hojas iba arrojando

Rotas ¡ay! por el vergel.

«¿Por qué, niña sin ventura,

Me tratas de esa manera,

Arrojando por doquiera

Los restos de mi hermosura?»

Así la flor se quejaba

Al ver aquella inclemencia,

Mientras su límpida esencia

En ricas perlas lloraba.

La niña que la escuchó,

La miró entonces llorando,

Y aquellos restos besando

Dicen que así contestó.

«También como tú sufrí,

Como á ti me han deshojado,

Y después me han arrojado,

Hermosa flor, como á ti.»

A. ALCALDE VALLADARES.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

AVENTURAS IMPERIALES, comedia en tres actos y en verso, imitación de las de capa y espada del teatro antiguo, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.

Con el título que encabeza esta revista ha ofrecido á nuestra consideracion el coliseo del Príncipe una ingeniosa comedia debida á la pluma de uno de nuestros mas fecundos escritores; y aunque teniendo en cuenta los accidentes especiales de la estacion habíamos interrumpido esta seccion de critica literaria, que nos servia de medio, muy grato por cierto, para mantener relaciones cordialísimas con aquellos que nos favorecen leyendo estas columnas, no podemos menos de consagrar algunas líneas á esta produccion, movidos de un sentimiento de justicia

que nos impone el deber de rendir homenaje á los esfuerzos del genio y del talento, asociando á su gloria nuestra leal admiracion.

El Sr. Fernandez y Gonzalez, autor de la obra que vamos á examinar á grandes rasgos, nos ha dado una prueba mas del amor que profesa á las letras, y esto es tanto mas digno de loa, cuanto que habrá pocos seguramente que, como él, puedan presentar mejor carta de méritos para pedir su licencia.

Aventuras imperiales es una agradable comedia, perfectamente meditada y escrita, llevada á término á fuerza de ingenio, y saturada toda ella de ese ambiente delicioso que sobrenada en las creaciones mas felices de Lope y Calderon. La fábula, descartándose de aquel pesado sermoneo filosófico de las comedias de capa y espada, se acomoda admirablemente á las exigencias del arte moderno, y se recomienda por su sencillez inocentísima, muy en consonancia con el género dramático que la desenvuelve: la trama está conducida con acierto: la forma es bella, y hay momentos en que se remonta magnífica y espontáneamente á la altura de la buena poesía castellana, si no por la exuberancia fastuosa de las hipóboles, por la discrecion y oportunidad con que se colocan en el diálogo: los lances y los episodios son variados y maravillosos: los caracteres bien delineados, á pesar del desórden que se nota en su colocacion. En resumen, la última obra dramática del insigne poeta Sr. Fernandez y Gonzalez es una de esas obras que se escuchan siempre con gusto, porque traen á nuestra mente recuerdos de la antigua galantería española, que por su donosura, hidalguía y gentileza no tiene rival en las tradiciones mas brillantes del mundo civilizado.

Hasta aquí nuestro juicio imparcial sobre esta lindísima produccion, donde campean espléndidamente la fecunda inventiva del autor, su ardiente fantasía y su delicado instinto poético. Atesora bellezas de primer orden, y contiene lunares que la afean y oscurecen en determinados instantes, si bien aquellas superan á estos en calidad y cantidad: está escrita con suma correccion, con frase castiza y estilo elegante: deleita por la fábula y por la decencia de sus chistes: agrada por su versificacion rotunda y armoniosa, que, como ya se ha dicho, recuerda los

buenos tiempos de la poesía castellana: ahora solo nos falta ventilar con el autor una cuestion de alta importancia, que nos atrevemos á sacar á plaza movidos del aprecio que nos inspira, pues con otro fin jamás podríamos hacerlo, teniendo en cuenta el lustre de su nombre y sus altos merecimientos. ¿No es un dolor que hombres de la talla del Sr. Fernandez y Gonzalez malgasten sus años mejores en hacer la apoteosis de un género literario que no se identifica con el gusto moderno, con las costumbres de la sociedad actual y con las aspiraciones del teatro contemporáneo?

Concíbese muy bien que Lope, Calderon, Guillen de Castro y tantas otras lumbreras de la dramática española sacaran partido de este género, porque el respondia á las exigencias de los tiempos en que vivian, hacia la pintura de la sociedad en que respiraban, y era la aspiracion esclusiva del genio en aquel período brillantísimo de la infancia del arte: hoy que las condiciones sociales han sufrido un cambio tan radical; hoy que el carácter saliente de la época es tan diametralmente opuesto, no puede menos de ser pueril la resurreccion de un género que, si bien se hace acreedor á nuestro respeto por la página gloriosa con que ha enriquecido el grandioso florón de nuestra historia literaria, no puede hacerse acreedor á nuestro culto, porque la razon y la conveniencia le han sustituido con otros de índole diversa y mas en armonía con el espíritu y tendencias de nuestro progreso.

Así la mayor parte de las obras de aquellos ilustres ingenios de los siglos XVI y XVII, tan ricas en bellezas artísticas, tan majestuosas, tan augustas, difícilmente podrian pasar en la escena del siglo XIX tal y como salieron de manos de sus autores; y aquellos rasgos mas sublimes que en su tiempo debieron aplaudirse calurosamente, y que hoy mismo pueden apreciar los inteligentes, pasarian desaperebidos por el vulgo, se abrumarian de tedio y de cansancio: la razon de todo esto se halla dotada de superior verdad.

Y si es imposible á todas luces y hasta inconveniente resucitar una escuela antagonista de las aspiraciones modernas, por mas que sea acreedora á nuestra admiracion, bien podemos lamentar que autores de tanto genio como el Sr. Fernandez y Gon-

zalez consagren sus fuerzas atléticas á esta tarea pobre é infecunda, malgastando en ello un tiempo precioso, y desheredándose de recoger abundante cosecha de triunfos del campo feracísimo de su talento.

Hechas estas ligeras insinuaciones, la última obra de este aventajado escritor es muy digna del aprecio y estimación del público, y la recomendamos á nuestros favorecedores, seguros de que la han de oír con placer. La empresa del Príncipe la ha puesto en escena con notable propiedad, y Matilde Díez raya á grande altura en su ejecución.

L. A. HERRERO.

POBRE NIÑA!

BALADA.

En una fuente limpia y serena

Su hermoso rostro

Vió una mujer;

Y al verse bella, de gozo llena,

Sintió su pecho

De orgullo arder.

Junto á la orilla sentado estaba

Su fiel amante,

Loco de amor.

Y ella reía, y él le juraba

Amarla siempre

De corazón.

Pasó algun tiempo. Su infiel amante

Á la que amaba

Llegó á olvidar.

Y ella, aunque triste, siempre constante,

Jura que nunca

Le olvidará.

Y va á la fuente de la campiña;

Mas ¡ay! sus aguas

Turbias están;

Y llora entonces la pobre niña

Porque su amante

No vuelve ya.

CARLOS CÁNO.

Segovia 15 de mayo de 1861.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Hoy es mal día para que la moda nos preste inspiraciones.

Nuestra pluma escribe apresurada, y cuando se va de prisa, todo sale mal. No obstante, nunca falta alguna indiscreción que nos revele secretos preciosos para la hermosura, y aprovechando un instante de buen humor de la inconstante diosa, hemos sorprendido lo siguiente:

Un traje de Pekin blanco con anchas rayas jardinera, adornado de cordones anudados á cada costura, de cuya guarnición participan cuerpo y mangas.

Otro de *pon-de-soie violine* largo y ancho, recubierto de segunda falda, con anchos festones, y dejando ver veinticinco centímetros de la primera; el cuerpo es de punta, con mangas semi-anchas.

Un sombrero de crin blanca, guarnecido de una concha de encaje negro, colocada hácia atrás como lazo de mariposa, de manera que descienda sobre un bavolet de tul blanco. Una banda de terciopelo punzó, dispuesta en la parte baja, remonta hasta la mitad del fondo, con ramillete del campo, espigas de crin vegetal sobre el lado, y el interior en conexión.

Otro, igualmente elegante, es de tul blanco bordado, y bordeado de tafetan rosa. Varias cocas de cinta rosa guarnecen el fondo flojo, reteniendo un grueso boton de rosa musgosa cercada de follaje. El bavolet y las bridas son de tafetan rosa, y el interior guarnecido en el mismo género.

Los sombreros de campo son preciosísimos, en paja de Italia, redondos, con los bordes levantados, y el altísimo copete guarnecido de tres terciopelitos negros. Dos coles del mismo terciopelo se colocan por delante con agreman de paja, recubierto de go-

tas de agua. El interior es plegado de terciopelo negro, con ruche de encaje negro y blanco.

La primavera reina en todo su esplendor en los prendidos de sociedad. El caso está en la elección.

Hay uno para señora joven en yerba doncella, lila y lirios blancos. Algunas flores descienden graciosamente sobre la frente.

Otro de glicines, sumamente suave y gracioso para el rostro.

Pero lo que acompaña graciosamente á los sombreros redondos es un albornoz (alta novedad) de encaje negro. No tiene capuchon, pero á fin de ocultar el cuerpo del traje, se coloca por dentro una pieza de seda blanca, lo que es infinitamente gracioso. Una ondulacion de seda blanca se fija interiormente en el borde del albornoz, donde sigue los contornos del dibujo. Un grueso cordon de seda negro replegándose sobre los hombros, y descendiendo hacia atras con dos bellas borlas, completa el detalle.

Las maravillas del buen gusto se reservan para las lencerías, que son el complemento del arte. Las fantásticas camisas pueden reemplazar en estío á los cuerpos blancos, á causa del encantador trabajo de sus piezas delanteras, ricamente bordadas y alternadas de encajes.

Los pantalones y las enaguas están ricamente guarnecidos con aparente sencillez.

Para saber apreciar el verdadero valor de estas creaciones, es necesario amar el lujo íntimo, porque el efecto no se cuenta por nada en esta clase de composiciones que el buen gusto se encarga de realizar en cada modelo.

Las gorras de noche son de fondo redecilla, siempre con ruches de valenciennes. Los fauchons son para levantarse de la cama. Los hay deliciosos, atraresados y guarnecidos de valenciennes. Con respecto á las cintas, se emplea siempre el azul ó el rosa; el color de naranja se muestra rara vez.

Entre la turba de cuerpos blancos, mas varios que nunca, elegiremos uno de muselina plegado, guarnecido sobre el delantero y alrededor del cuello, con un estrecho valencienne que tambien se coloca en el borde, y una doble red de terciopelo negro en las sisas. Las mangas son cortas y bullonadas, con el mismo adorno al borde, encajonado en valenciennes.

Terminemos con los magníficos pañuelos é imposibles de describir: nos limitaremos á señalar los nuevos bordados en diferentes puntos, los calados y medallones de encaje que componen maravillosos bordados, rodeados de lujosos encajes. Las armas y cifras completan la vuelta de cada uno.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de tafetan, rodeado en el bajo con un fleco de pasamanería verde, al que sirve de cabeza un caprichoso enrejado y encima una hilera de estrellas. Cuerpo alto con franja, formando berta pelerina. Mangas de codo, abiertas hasta el codo, y adornadas por el mismo estilo que el cuerpo. Todo el delantero del vestido está adornado de estrellas figurando botones. Sombrero de tul plegado, con flores interior y exteriormente.

Segunda figura. Vestido de *point-de-soie*: cada paño está encuadrado en un ruche encañonado, que descendiendo se redondea en el bajo, figurando una guirnalda con tres ruches. Los intervalos que quedan entre los ruches se llenan con volantitos pequeños: el primero rodea todo el bajo. Cuerpo alto con punta por delante y aldeta postillon por detras, rodeada de un ruche en armonía con la falda: lo mismo las mangas, que son estrechas y de codo. Sombrero de tul y tafetan, con fauchon de encaje cayendo sobre el fondo flojo: dos plumas encontradas adornan el ala.

Tercera figura. Vestido de popelina á cuadros rosa y negros, para niña de ocho años: rodea el bajo un pequeño encañonado de tafetan: encima se halla un fleco de bolitas. Cuerpo con aldeta postillon y jockeys del mismo fleco. Sombrero redondo de paja, con flores delante y una blondita anudada por detras con cabos flotantes.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrion, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redacción Ayuntamiento de Madrid

